

¿Revolución triunfante o agotamiento del peronismo?

Ricardo Sidicaro

Ricardo Sidicaro es docente del Instituto de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Reflexionar sobre el movimiento militar y civil que derrocó a Perón en 1955 es, cuarenta años después, una tarea que supone dialogar con fantasmas ideológicos que hacen de aquel acontecimiento parte de nuestro presente. ¿Fue Perón vencido militarmente o decidió partir al exilio porque reconoció que su experiencia de gobierno estaba agotada? No le preguntemos a los actores y a sus textos cuál es la respuesta adecuada a esa pregunta. Ellos ya nos han contestado con lenguajes políticos, morales o heroicos. Al respecto, al comenzar su largo exilio Perón sostuvo, refiriéndose a la situación militar que lo despojó del gobierno: "las probabilidades de éxito eran absolutas, pero para ello, hubiera sido necesario prolongar la lucha, matar mucha gente y destruir lo que tanto nos costó crear".¹ Con ligeras variaciones Perón mantuvo esa visión del desenlace de septiembre hasta el fin de sus días. Dejemos de lado la cuestión de quien hubiese ganado una confrontación armada prolongada, y recordemos que Lonardi y algunos de los participantes del círculo más inmediato de colaboradores que lo acompañó en el levantamiento cordobés reconocieron que en un momento todos daban por segura la derrota. Bonifacio del Carril en *Crónica interna de la Revolución Libertadora* dejó uno de los mejores testimonios al respecto.² Los jefes y oficiales leales a Perón narraron luego la relación de fuerzas favorables y el avance sobre Córdoba interrumpido por la decisión de Perón de ceder el gobierno a una junta militar para negociar con los sublevados. El almirante Rojas reiteró en sus memorias publicadas hace un par de años que tenía la firme decisión de llevar a la práctica el bombardeo desde la escuadra contra blancos

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 – Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

1.- Juan Perón, *La fuerza es el derecho de las bestias*, Fuerza Mundo, Lima, 1956, pág.612.

2.- Bonifacio del Carril, *Crónica interna de la Revolución Libertadora*, Emecé, Buenos Aires, 1959.

que obligasen a Perón a dejar el gobierno.³ Aquí la pregunta que surge es sobre que hubiese ocurrido si Perón decidía mantener el combate, pero descartemos tal interrogante ya que las respuestas serían inagotables. Perón se fue. Tomemos, en consecuencia, el acontecimiento de la renuncia a la lucha como un indicador fuerte a partir del cual se puede organizar la reflexión sobre el fin del primer ciclo de gobierno peronista. Cabe señalar que hacer una opción analítica como la que proponemos podría, quizás, molestar las sensibilidades de quienes aún hoy, a casi medio siglo, se inscriben en la pasiones del '55. Unos y otros sentirán que lo que mueve sus sentimientos son relatos ideológicos que legítimamente circulan por una vía distinta a la tarea que realizamos los analistas que no nos confundimos con los actores y sus deseos.

Para economizar lenguaje enumeremos lo que, en algunos casos en mayor medida que en otros, supone la enunciación de tesis:

1) El peronismo no dio una batalla para defenderse en 1955 porque carecía de proyectos políticos, sociales y económicos que lo enfrentaran frontal y decisivamente con quienes en otras épocas habían constituido sus adversarios.

De manera muy resumida digamos que el peronismo de 1955 veía en el capital extranjero un componente necesario para continuar el desarrollo económico y energético, no se proponía transferir ingresos del agro a la industria, congelaba los salarios y hacía depender su variación de la productividad del trabajo, se esmeraba por tener óptimas relaciones con los EEUU, había recibido el apoyo de casi todas las corporaciones empresarias tradicionales. En lo político un sector del conservadorismo encabezado por Federico Pinedo había manifestado su satisfacción por el giro que tomaban los asuntos públicos y llamaba a buscar un acuerdo con el gobierno. Uno de los últimos grandes baluartes de la oposición, el diario *La Nación*, también apoyaba desde el liberal-conservadorismo a Perón desde 1952 (recordemos que el diario *La Prensa*, más crítico, había sido clausurado y su control dado a la CGT).⁴ Ese peronismo que declaraba la "revolución" terminada no estaba en condiciones de asumir la defensa de sus posiciones de poder como, muy probablemente, lo hubiese hecho en sus primeros años.

En términos generales puede afirmarse que el cambio de rumbos del peronismo se realizó entre 1949 y 1951. En la imaginación popular se lo asoció a un corte de etapas marcado por la muerte de Evita. Con información consistente o con visiones espontáneas de actores de la época llegamos a confirmar esa idea de la existencia de, por lo menos, dos peronismos. Uno el del ascenso y el otro el de la estabilización y moderación de sus propuestas. Las etapas del peronismo se hicieron difíciles de diferenciar en razón de que después de 1955 los peronistas realizaron su propaganda tratando de hacer creer que lo único que había ocurrido en el decenio era lo sucedido hasta 1949/51 y olvidaron el cambio de sus posiciones en el segundo período. Algo pare-

3.- *Memorias del almirante Rojas. Conversaciones con Jorge González Crespo*, Planeta, Buenos Aires, 1993.

4.- Al respecto ver Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas políticas del diario La Nación, 1909-1989*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993, cap.VII.

cido hicieron los antiperonistas, en especial aquellos que por interés propio o de bloque entendieron conveniente no hablar de los últimos tres años del peronismo en el gobierno y de sus coincidencias con muchas de las medidas tomadas por Perón entre 1952 y 1955. La tergiversación favoreció a todos los contrincantes del 55. Lo mismo que para el poco heroico desenlace de septiembre, la confusión fue fuerte porque en ella coincidían unos y otros.

2) El peronismo tenía en 1955 dos enemigos irreconciliables: 1- los militares golpistas de 1951, y 2- los radicales que carecían de posibilidades de triunfar en un juego electoral relativamente complicado por las limitaciones de las libertades públicas que imponía el gobierno.

Diferenciamos los dos actores. El golpe del general Menéndez de 1951 había fracasado y sus principales protagonistas estaban encarcelados o fuera del ejército. La carrera burocrática, la preocupación principal de un militar, sólo podía ser retomada por quienes habían participado de los hechos de 1951 si caía Perón. Quizás había jefes y oficiales que tenían valores políticos democráticos que los movilizaban contra el gobierno, pero me interesa destacar la cuestión de la carrera burocrática ya que ese era un componente común a todos y, en cambio, la idea de los valores políticos democráticos, registrando la trayectoria posterior de muchos de ellos, puede, con toda objetividad, ponerse seriamente en duda.

Toda la información disponible revela que la mayor parte de los militares no conspiró contra Perón. El almirante Rojas nunca consiguió explicar porque fue leal a Perón en junio de 1955 y se hizo jefe de la Marina sublevada tres meses después. Perón recordó a menudo desde su exilio el apoyo que su régimen había recibido hasta 1955 tanto del general Aramburu como del almirante Rojas. De Videla Balaguer la imaginación popular hizo un canto con sus medallas de la lealtad. Más allá de las anécdotas, mantenerse en el escalafón militar y subir sin ser peronista o al menos neutralmente simpatizante debió ser difícil en esos años. Por eso el núcleo duro fueron los excluidos de 1951, sus intereses pasaban por el fin del régimen.

El otro actor importante de oposición eran los radicales. El gobierno, al cercenar las libertades públicas y al emplear mecanismos que le disminuían el número de representantes legislativos, condenaba a los radicales a una casi exclusión política. Por otra parte, el juego interno primero y luego los cambios de los peronistas habían desplazado a los radicales hacia la izquierda del arco político: nacionalismo petrolero, antiimperialismo, reforma agraria, etc. —el llamado programa de Avellaneda— sintetizaba ese proyecto que, por cierto, no le debía interesar a los grandes intereses propietarios que en 1946 habían optado contra el peronismo y a favor de la Unión Democrática. Minoritarios en las clases populares y con un programa que los ponía a la izquierda de los principales sectores propietarios, una parte de los dirigentes del radicalismo puso sus expectativas en la conspiración. Algunos atentados terroristas mostraron que la resistencia armada no era cosa fácil en esa época y que no sacaba al radicalismo de la marginación en que lo ponía el gobierno. Los radicales vieron completar su pano-

rama complicado cuando la Iglesia movilizó a sectores de las clases altas y medias tradicionales contra el gobierno. Para los radicales la prolongación del peronismo en el poder podía llegar a poner en cuestión su existencia como fuerza política.

¿Pero podían esos adversarios tan débiles producir la caída del peronismo? Los militares en la cárcel o retirados y los radicales con mínima presencia en la escena pública, difícilmente hubiesen provocado el derrocamiento de Perón ni aún favorecidos por el conflicto, inesperado para ambos, que se abrió con las jerarquías de la Iglesia Católica.

La Iglesia no había sido un apoyo tan importante del gobierno y, por lo tanto, no cabe pensar que el enfrentamiento podía llevar a un deterioro inmediato y fatal para la legitimidad del régimen. La influencia de la Iglesia en algunos sectores de cultura más tradicional que integraban el gobierno peronista, no debía ser muy grande: las renuncias de funcionarios en disconformidad con la política de Perón fueron muy pocas, en la base electoral probablemente el impacto del conflicto fue mayor pero resulta difícil fundar una opinión al respecto. La explicación que supone que la raíz del conflicto se halló en el interés de la Iglesia de impulsar un partido de tipo demócrata cristiano, capaz de sacarle sufragios al peronismo, se orienta en el sentido de pensar en un probable impacto del litigio en las bases electorales del gobierno. Pero de allí a considerar que el conflicto en sí mismo tenía la capacidad política de precipitar el fin del peronismo, existe una gran distancia. Aún cuando la movilización de una parte de la grey católica llenó de agitación las calles de los meses anteriores al desplazamiento de Perón, esas movilizaciones no podían hacer caer al gobierno.

Resumamos: Ninguno de los adversarios del peronismo en 1955 tenía fuerza suficiente para producir la caída del régimen. También por esta vía volvemos al argumento expuesto en las proposiciones del apartado anterior: el peronismo estaba agotado en 1955 y por ello no defendió su situación de gobierno.

3) El bloque político que se formó en el inicio de la "Revolución Libertadora" carecía totalmente de consistencia, pero comenzó a gobernar frente a una prácticamente inexistente oposición peronista. Lonardi recibió el apoyo de la CGT y, recordemos el hecho por su valor simbólico, su primer Ministro de Trabajo fue Luis Cerruti Costa, que era uno de los asesores letrados de la Unión Obrera Metalúrgica. El gobierno de Lonardi no intervino la CGT. Tampoco tomó ninguna medida contra el Partido Peronista. Dicho partido publicó en octubre una solicitud en un diario recordando a sus afiliados que la sede continuaba abierta. En fin, *La Prensa* siguió controlada por la CGT. Todos los aspectos mencionados muestran que los peronistas tenían medios para hacer una oposición que, en principio, no hicieron. La misma razón que les había impedido defender la continuidad de su gobierno, pareció jugar al comienzo de la nueva etapa para que los peronistas no se organizaran como oposición. Probablemente la política conciliadora de Lonardi contribuyó aún más a desmovilizar a lo que quedaba del peronismo. Por algunos años Perón culpó a los sindicalistas de una supuesta traición. Sin duda, fue el cambio de política producido con la sustitución de Lonardi por Aramburo.

ru en el cargo de presidente lo que malogró la mejor integración del sindicalismo al postperonismo.

Pero la debilidad de la convergencia que participó en la caída de Perón se reveló en su rápido proceso de ruptura y disolución. No había frente al peronismo una verdadera coalición o fuerza política que actuara con coherencia, aun después de haber alcanzado los resortes básicos del poder. Cada uno de los protagonistas de la convergencia del '55 siguió girando en torno a sus propios objetivos y se distanció de los restantes integrantes.

1) Los militares identificados con el golpe del '51 se preocuparon por protegerse y autorrepararse y entraron en conflicto con buena parte de la oficialidad que había permanecido en actividad. La lucha burocrática por los puestos altos del escalafón castrense fue su meta principal.

2) El radicalismo se fracturó detrás de la ansiada candidatura presidencial para las elecciones de 1958 y el sector conducido por Frondizi fue a buscar el pacto con Perón.

3) La Iglesia y los sectores de ideas tradicionales parecieron contentarse con la anulación de la ley de divorcio y muchos clérigos poco después comenzaron a añorar los años peronistas.

4) Los principales intereses empresarios del mundo rural fueron más ambiciosos: obtuvieron la liquidación del IAPI.

5) La pequeño burguesía intelectual accedió a posiciones en el campo cultural oficial, particularmente en algunas universidades.

En fin, como un rey en el exilio, Perón se llevó una parte de la legitimidad del poder político. La conservó y se la pasó, como si se tratara de una herencia privada, a su esposa en 1974. En esos años de proscripción las confusiones había quedado instaladas cuando se evocaban las condiciones históricas de su caída del gobierno. Los relatos más disímiles se habían difundido al respecto, compitiendo en la lucha por ressignificar aquellos acontecimientos. Digamos que si en el '55 no hubo mucha lucha real, luego se multiplicaron los conflictos discursivos para contar lo que había sucedido. Si bien ninguna versión se impuso totalmente, resulta bastante comprensible que a medida que crecía la capacidad del peronismo de movilizar a grandes sectores de la sociedad en su favor, se eclipsara, casi hasta el olvido, el recuerdo de que Perón prácticamente había dejado el poder sin resistir en 1955. Cuando se acercaba la época del fin del exilio de Perón, buena parte de los hijos de aquellos que habían festejado su caída en 1955, se habían sumado al peronismo. Ese no era el único, ni el más importante, pero sí uno de los más elocuentes símbolos del fracaso de la que en los umbrales de los '70 sólo era la "autodenominada Revolución Libertadora".

La política es una tierra fértil para el florecimiento de relatos míticos. Aquellos acontecimientos que mueven emocionalmente con mucha fuerza a los sujetos resultan la materia más propicia para que las confusiones se instalen en sus interpretaciones. Las condiciones sociohistóricas para pensar al peronismo necesitaban, a mi modo de

ver, que se cerrara el ciclo político que lo había tenido como principal protagonista. Hoy, en otra Argentina, muy distinta a la que vio caer al primer peronismo, pero también sumamente diferente a la que construyó los mitos que narraron aquellos hechos, y gobernada por otro estilo de peronismo, quizás se pueda analizar con más objetividad lo ocurrido en 1955. Espero que estas reflexiones contribuyan a esa tarea. ■